

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 8 DE OCTUBRE DE 1888→

Núm. 354

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN ARTÍSTICA DE MUNICH



LAURA, cuadro de Conrado Kiesel

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *Exposición Universal de Barcelona*, por don J. Yxart. — *Un crimen del día*, por don Luis Mariano de Larra. — *El molin de Xuan Forcada*, por don Antonio de Valbuena. — *Noticias varias.*

GRABADOS. — *Laura*, cuadro de Conrado Kiesel. — *Pelea de chiquillos*, cuadro de Jorge Jakobides. — *Nueva remesa*, cuadro de W. Loovith. — *Matías Klotz*, estatua de Fernando Miller. — *Las parcas*, cuadro de P. Thumann. — *San Francisco de Asís*, cuadro de R. de Villodas. — *En el campo*, dibujo de J. R. Wehle. — *Santa Isabel*, cuadro de G. Volz. — *Camino peligroso*, cuadro de G. Räuber. — *Pandora*, cuadro de J. Hosslin.

NUESTROS GRABADOS

LA ÚLTIMA EXPOSICIÓN DE MUNICH

Se ha dicho de Munich que era la Atenas moderna, y aun cuando la comparación sea algo hiperbólica, es indudable que en la capital de Baviera se respira atmósfera de arte. El extranjero que visita esta ciudad ha de notar precisamente los esfuerzos realizados con feliz éxito para darla cierta semejanza con las poblaciones de la antigua Grecia. Aparte la semejanza arquitectónica de algunos edificios, hasta en los nombres con que son conocidos, Piracotea, Glipotea, Prodyleos, etc., etc., se echa de ver una tendencia marcada a la comparación con las ciudades del helenismo clásico. Débese ello principalmente a las aficiones particulares de sus dos últimos reyes, el último de los cuales hizo tal mezcla de arte y leyenda en su no muy sólida cabeza, que acabó por perderla y hallar triste muerte en el paroxismo de una alucinación. Su padre, por su parte, si no llegó a erigir en ley del reino la incompatibilidad entre la belleza y el vicio, como cuentan del Areópago antiguas historias, no retrocedió por cierto ante la idea de unirse en matrimonio con una bailarina española, cuya única recomendación era la hermosura singular con que á Dios plugo dotarla, lo cual prueba que S. M. bávara era un grande admirador de la belleza, primera condición del verdadero artista.

Poco ganó la importancia política de Baviera bajo la administración de esos dos príncipes; mas, si al fin y al postre, el Estado bávaro estaba fatalmente condenado por las cábalas diplomáticas á ser absorbido por el imperio de Alemania, conservando solamente una apariencia de autonomía como la de los ríos que, después de alborotar mucho durante su curso, mueren dócilmente en el mar; nada ha perdido por cierto la ciudad de Munich, corte de Baviera, rindiendo al arte un culto, al cual debe una consideración muy superior á la de su influencia en los destinos del mundo.

A este orden de consideraciones se debe sin duda la importancia con que se atiende al fomento del arte y por ende la que adquiere la Exposición anual de pintura y escultura que se celebra en Munich, y es considerada como la manifestación superior de los artistas alemanes, mucho más notable que la celebrada en la capital del imperio. En distintos números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido las obras más notables que han concurrido á esas exhibiciones de unas fuerzas que inspiran admiración y no terror, como los que en orden muy distinto alardean en la federación de que Munich forma parte. Ellas proporcionan triunfos menos sensibles que los de Metz y de Sedán; triunfos de los cuales el vencido no prepara el desquite ó lo prepara con general contento; ellas, en fin, si Dios dispone algún día el castigo de los soberbios, dejarán en la historia de Baviera una estela más permanente que la trazada por la quilla de la nave vencedora en el mar revuelto de los cataclismos europeos.

Considerando, pues, que las Exposiciones de pintura en Munich celebradas merecen singular predilección de los amantes del arte, consagramos la mayor parte del presente número á la publicación de aquellos cuadros que más legítimamente han llamado la atención en el certamen de este año, y por los cuales nuestros favorecedores podrán formarse una idea del interés que ha despertado esa solemnidad artística.

LAURA, cuadro de Conrado Kiesel

(Exposición artística de Munich)

El autor ha querido representar sin duda á Laura de Noves, la mujer inmortalizada por los versos del sublime Petrarca.

El 6 de abril del año 1327, lunes santo, á las seis de la mañana, el insigne poeta vió por primera vez, en una iglesia de Aviñón, á la dama que tan grande influencia había de ejercer en su existencia y de indirecta manera en la regeneración de la poesía italiana. Era esa dama hija del caballero Andiberto de Noves y estaba unida en matrimonio á Hugo de Sode; fiel á sus deberes de esposa y de madre, pudo Laura estar orgullosa de haber inspirado al primer poeta de su tiempo; mas nunca quiso ver en Petrarca sino á un amigo bastante imprudente para ocuparse de ella en un sin número de magníficas poesías. Veinte años vivió Laura después que tal amor inspiró al poeta. La peste de 1348, aquella mortífera peste que Boccaccio describió con tan horrible verdad, la arrebató al mundo, precisamente el mismo día del mismo mes y á la misma hora en que Petrarca la vió por vez primera.

El poeta nos dejó un retrato escrito de Laura en muchos de sus sonetos. Según éste, «su semblante, su continente, sus actitudes tenían algo celestial. Su talle era elegante y esbelto, brillantes sus ojos y sus cejas negras como el ébano. Dorados cabellos flotaban sobre sus espaldas, su garganta era correctamente formada, y el color de su rostro tan simpático que en vano el arte intentara producirlo. Nada tan dulce como su fisonomía, tan modesto como su aspecto, tan penetrante como el sonido de su voz. Su mirada era alegre y tierna á un tiempo, y tan honesta que insensiblemente inspiraba sentimientos virtuosos.»

Esta descripción la repite el poeta, conforme hemos dicho, en gran número de sus poesías, y como éstas han sido detenidamente estudiadas por varios eruditos y curiosos, hase hecho la observación de que, al enumerar las prendas físicas de Laura, nunca hizo Petrarca alusión á la nariz de su amada. Este descubrimiento fué causa de una disertación de Luis Gandini (impresa en Venecia, año 1581) en la cual se propuso demostrar que la famosa Laura de Noves era chata y arremangada de nariz.

Afortunadamente Kiesel no ha participado en su cuadro de la opinión de Gandini.

PELEA DE CHIQUILLOS
cuadro de Jorge Jakobides
(Exposición artística de Munich)

Composición del género naturalista que no degenera en bastardo. Las figuras están graciosamente dibujadas y las fisonomías de los personajes son notables por la verdad de su expresión.

NUEVA REMESA, cuadro de W. Loovith
(Exposición artística de Munich)

Como expresa claramente su título, representa este lienzo el acto de desembalar un mercader la remesa que últimamente ha recibido de antigüedades y objetos de arte. Varios aficionados de primera mano examinan cuidadosamente las mercancías, cautivando especialmente su atención una hermosa estatua que bien puede ser de Venus por las señas.

Es notable este cuadro por la naturalidad de sus personajes, y no sería imposible que su autor conociera y se hubiese ladeado inconscientemente hacia el célebre *Modelo* del inmortal Fortuny.

MATÍAS KLOTZ

fabricante de violines de Wittenbol

estatua de Fernando de Miller

(Exposición artística de Munich)

Entre los fabricantes de instrumentos llevan la palma los de violines. Verdad es que el violín lleva la palma, á su vez, entre todos los instrumentos. Un Stradivarius legítimo es conceptuado una verdadera joya. No es, pues, de extrañar que los alemanes, músicos por excelencia y entusiastas especiales de los instrumentos de cuerda, den verdadera importancia á un fabricante de violines célebre. Hoy se le da á un fabricante de pianos, y no obstante del piano al violín la distancia es la misma que la de la máquina al ingenio.

Miller ha hecho la estatua de Klotz, y aun cuando no se refiera en ella á un héroe clásico ó legendario, ha tratado el asunto con el mismo cariño que si de alguno de aquéllos se ocupara. La obra corresponde perfectamente á la intención del autor: Klotz no es en ella el fabricante de un objeto vulgar que copia rutinariamente á su maestro ó á sus predecesores; es un verdadero artista, un genio que pone todo su ser en la confección de un instrumento y que de antemano se goza en los acordes que otro genio producirá con él, gracias al esmero del fabricante, á su entusiasmo por el arte, al respeto que le inspiran los objetos empleados en su culto. La madera del violín de Klotz es ni más ni menos que el barro de la estatua de Miller.

LAS PARCAS, cuadro de Pablo Thumann

La Mitología dice que Clotho, Lachesis y Atropos, hijas según unos de Eseo y de la Noche, y del Destino y la Necesidad según otros, eran unas deidades infernales, de las cuales la menor asistía al nacimiento de los hombres, la segunda fabricaba el hilo de su vida y la tercera cortaba ese hilo, ó sea la existencia. Algunos artistas, teniendo en cuenta su calidad de deidades infernales, pintan á las Parcas horriblemente feas; otros reservan la fealdad para la hermana mayor, por ser la encargada de cortar el hilo de la vida. De esta última opinión ha sido Thumann, que ha tratado este asunto con un sentimiento, una filosofía y una elegancia de formas admirables.

SAN FRANCISCO DE ASÍS

cuadro de Ricardo de Villodas

(Exposición Universal de Barcelona. — Palacio de Bellas Artes)

Hay quien pretende que la pintura religiosa ha desaparecido; error insigne que equivale á suponer que el arte ha renunciado á sus más bellos ideales. Lo que ha desaparecido, mejor dicho, lo que ha evolucionado, es la pintura mística tal como la sentía Fra Angélico por ejemplo. Mas nada ha perdido el arte religioso porque sus profesores hayan conciliado en sus obras lo humano y real de la imagen con lo sublime del afecto que la inspira. Muchas veces lo hemos dicho: hoy se pintan santos posibles y ni el arte ni la religión sufren por ello quebranto.

Así lo ha comprendido Villodas y de ello es muestra el cuadro que publicamos. Ese San Francisco vive, alienta, tiene vida física propia; pero al mismo tiempo su pensamiento, la parte inmaterial del personaje vive en más altas esferas, busca la luz allí donde la luz se engendra, descubre al Señor donde el Señor existe.

Un aplauso al ilustre artista español, aplauso unánimemente acordado por cuantos se deleitan contemplando su obra.

EN EL CAMPO, dibujo de Juan R. Wehle

Apunte delicioso que da buena idea del bienestar que sienten los niños durante el verano. Allí en la pradera, corriendo tras las mariposas, respirando el aire libre de los campos, reaparecen en los rostros infantiles los colores que se habían desvanecido en la ciudad. La hermosa niña dibujada por Wehle ha encontrado la cofia de una labradora y se la ha encasquetado para dar cuenta del hallazgo á su olvidadiza dueña, á la cual sigue indudablemente con la vista. La figura es simpática; siempre los pájaros son más bonitos cuando no les aprisiona el hierro de la jaula.

SANTA ISABEL, cuadro de Guillermo Volz

(Exposición artística de Munich)

Conocida es la historia de la piadosa reina de Hungría, célebre por su humildad y sentimientos caritativos. El autor la representa en el acto de distribuir limosnas á los pobres, despojada de toda pompa, á solas con sus queridos menesterosos y con su hermosa conciencia, cuya tranquilidad trasciende á su rostro simpático é impregnado de dulzura.

Es una obra de arte perfectamente sentida, en la cual el pintor ha hecho gala de una sobriedad de recursos muy original y recomendable.

CAMINO PELIGROSO

cuadro de Guillermo Räuber

(Exposición artística de Munich)

Los peligros de este camino deben consistir en los salteadores que se lanzan sobre los indefensos viajeros, á quienes asesinan y roban despiadadamente. Algo de ello y muy terrible debe haber ocurrido

antes de la llegada del brillante cortejo que hace alto para socorrer á un desgraciado, tendido sin vida en mitad de la senda. El carro volcado y la caballería muerta á un lado del camino explican claramente la catástrofe.

Es sumamente apreciable la delicadeza y precisión con que está pintado este cuadro hasta en sus menores detalles.

PANDORA, cuadro de Jorge Hosslin

(Exposición artística de Munich)

Es de sospechar que el artista se ha propuesto representar á aquella célebre mujer de la antigüedad mitológica cuya lamentable curiosidad fué causa de que los vicios se esparramaran por el mundo y de que en el fondo de la caja que los contenía quedara solamente la esperanza.

La composición es simpática en extremo y recuerda en muchos puntos las obras de los antiguos maestros alemanes.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

SALÓN DE BELLAS ARTES

VIII

No abundan tanto, ni son tan interesantes como las tablas pintadas, los cuadros al óleo de la sección arqueológica, si exceptuamos la colección de la *Vida de San Francisco* por Viladomat, harto conocida aquí, estudiada con singular atención y cada vez más estimada. De haber sido posible colocarla á mejor luz, hoy que tantos forasteros y extranjeros inteligentes pueden contemplarla, hubiéramos creído llegada la hora de una rehabilitación definitiva para el insigne pintor catalán, ignorado de muchos y olvidado injustamente de otros más: porque lo cierto es que aun después de haber admirado habitualmente la soberbia serie, nos sorprende siempre la solidez de aquella pintura, su verdad y su sentimiento, y sobre todo aquella sobriedad propia de los verdaderos maestros, que coloca á Viladomat muy por encima de otros de mayor fama y en la línea de los pocos para quienes pasa el tiempo y muda el criterio estético en balde... de los pocos, en una palabra, que, (modificando una frase célebre,) «son desconocidos cuando se pierde la razón, y admirados cuando se recobra.»

Fuera de tal colección, la más digna de señalarse á los forasteros, y de la que menos podemos hablar sin copiar á los críticos de ésta — sólo hallamos algunas obras de Moro, Holbein, Murillo, Rafael, Guido Reni, Cano, Coello, Mignant, Goya y algún otro, todos de estilo conocido. Lo más interesante por menos común y por su mérito intrínseco, es la serie de retratos al pastel por don Vicente Rodes, de una viveza y de una fuerza incomparables, y que en su tiempo pusieron la fama del pintor al nivel de los más célebres retratistas. Hay que atender sobre todo para encarecer el mérito de aquellos bustos parlantes y vivos, á una circunstancia que algunos ignoran. Con estar contruados y modelados admirablemente, algunos son simples estudios previos para trasladarse al óleo, evitando así las molestias de repetidas sesiones á los empingorotados clientes del retratista, entre los cuales figuraron Fernando VII y casi todos los personajes de su época.

Esculturas hay pocas en la sección arqueológica. Citaré sólo la celebrada estatua llamada de Carlomagno, de la catedral de Gerona, ejemplar rarísimo del siglo XIV y verdaderamente curioso, dos imágenes de talla de un realismo que excede á cuanto se ejecutaría hoy, y un paso ó misterio, enterramiento de Campeny, notable sólo por el carácter propio de ese género de representaciones en que la devoción y el efecto de conjunto suplían á la belleza y la corrección de las formas. Como las obras citadas, aunque mucho menos artísticas, aquellas figuras pintadas y vestidas, téticas é imponentes, pertenecen al número de las imágenes devotas, comunes en España, propias para impresionar fuertemente la imaginación de la multitud con sus detalles arrancados á la misma realidad.

Pero hemos llegado tras esto á las colecciones quizás más interesantes para el estudio del arte en España: á las que, de un modo más directo, ponen á la vista el grado de perfección que alcanzaron nuestros artífices en competencia con los extranjeros, y la triste decadencia que arruinó tantas industrias un día florecientes en nuestro país: hierros, porcelanas, vidrios y joyas.

Los variados, numerosos y riquísimos ejemplares de herrería y cerrajería han llamado esta vez poderosamente la atención de los aficionados. Hay allí de todo: cajas de hierro, labradas, repujadas, con calados; goznes góticos, alabas con seres quiméricos y animales, dragones alados, serpientes, con filigranas y rosetones, de martillo, etc.; uno, el de la Asociación literaria de Vich, lleva la figura de San Jorge, otro es el ya reproducido tantas veces de la casa del Arcediano de esta ciudad: hay cruces con imágenes extraordinariamente primitivas, Cristos apenas esbozados, las Marías y el apóstol San Juan, de un dibujo excepcionalmente candoroso; candelabros y hacheros de excelentes líneas, en extremo elegantes, rematados con hojarasca de una imitación perfecta; veletas, llaves cinceladas de infinitas formas y sobre todo la aun más sorprendente variedad de clavos ornamentales, flores, estrellas, cardos, de aspas, hemisféricos, etc., etc. Riquísima y prodigiosa variedad de formas, de pormenores caprichosos, de nimia delicadeza, labradas en el duro hierro con el mismo primor del encaje, ó con la misma flexibilidad de las tiernas plantas; aplicación de una fantasía inagotable y de una elegancia refinada á los utensilios



Exposición artística de Munich. — PELEA DE CHIQUILLOS, cuadro de Jorge Jakobides

más comunes y á la decoración menos visible de puertas recónditas ó remates de campanario.

Otra industria española, ayer floreciente y hoy casi desaparecida, que puede estudiarse por menudo en aquella sección, es la de objetos de cerámica. En ella figuran platos, botes, tarros, etc., hispano-arábigos, ricamente ornamentados con reflejos metálicos, vajillas con sencilla decoración azul, hermosos y grandes jarros de las alfarerías de Talavera, de Alcora, de la fábrica del Buen Retiro; de la segunda hay un precioso aguamanil y un busto del conde de Aranda; de la última muchos y riquísimos ejemplares, estatuillas y grupos de porcelana de fino y elegante modelado, de exquisitos colores. Son notables, además, los azulejos góticos y mudéjares; entre los primeros, algunos de ornamentación azul; otro grande con el escudo de Cataluña; otros formando dos medios puntos con muchísimas figuras, interesantísimos por su composición y sus variados pormenores. En uno de ellos se representa una corrida real; en la tribuna del fondo la corte, protegida por una fila de alabarderos ó guardias de honor; alrededor del recinto, una empalizada por donde asoman los espectadores, y en la arena, varios jinetes y peatones armados de rejonas, lanzas y chuzos, lidiando á dos toros á un tiempo. El otro medio punto es una partida de placer ó de campo entre varios caballeros y damas en diversos grupos sin verdadera conexión entre sí, y cuyo dibujo puede compararse exactamente al de las antiguas aleluyas de casación y coleta; el banquete... el baile... el coloquio... la declaración amorosa... el refresco, etc.

De las lozas italianas hay algunas muestras de Faenza, Castelli, Savona, y una notabilísima de la renombrada fábrica de Capodimonte, amada de Carlos III y origen y matriz de la que este rey fundó en España.

La colección de vidrios es también numerosa y excelente, y aparte de los ejemplares romanos, alemanes y de la Granja, deben llamar particularmente nuestra atención los de procedencia catalana y barcelonesa, con esmaltes,

con decoración de pájaros, flores ó dibujos geométricos. Al decir de los inteligentes, no desmerecieron en lo antiguo de los celebrados vidrios de la poética Venecia, y para los profanos es la misma, la incontable é indescriptible variedad de formas y oficios de jarros, fruteros, copas, platos, vasos, tazas, etc. Notable también, la brillantez y finura de los colores, verde, amarillo, rojo, azul, y la inverosímil delgadez de la materia, que los asemeja á irisadas pompas de agua, que tomó con imperceptible soplo las más caprichosas formas. De todos los objetos suntuarios son estos, á mi juicio, los más bellos y los que más excusan los espasmos y admiraciones de los aficionados y coleccionistas; acaso no hay otros en que se realice esa maravilla, que parece sueño, de dar consistencia y permanencia á los impalpables caprichos de la fantasía, sin quitarles nada de su aérea idealidad, y, al parecer, de su espontaneidad juguetona y breve: flores que hierguen su tallo y abren su delicadísima corola que parece va á dispersarse con un suspiro; nimias combinaciones de colores tenues y exquisitos, que resbalando como un rayo de sol descompuesto en un prisma, se fijaron para siempre en el vidrio; todo cuanto puede soñarse de aéreo, impalpable y fugaz, congelado, digámoslo así, para recreo de la vista y de la imaginación.

Entre las muchas y ricas piezas de orfebrería deben colocarse en primer lugar los objetos destinados al culto, y particularmente los de estilo ojival en oro, plata y bronce, y consistentes en cruces, cálices, urnas, cozones, incensarios. Dos cálices hay que merecerían descripción particular y minuciosa: el del papa Benedicto XIII, de elegantísimas líneas y esmaltado, además, con extraordinaria riqueza todo él, inclusa la soberbia patena, y el de Santa Eulalia, del siglo xvi, admirablemente cincelado. Las más notables cruces son, á mi juicio, una de plata románica, de Riells; otra esmaltada de otra parroquia humilde, y algunas otras expuestas en las vitrinas de los obispos de Barcelona y de Vich. Entre otros ejemplares del



Exposición artística de Munich. — NUEVA REMESA, cuadro de W. Loovith

mismo carácter y dibujo é igualmente esmaltados, que no cito por no alargar esta apuntación, no cabe olvidar la urna de plata de San Cugat del Vallés.

Es imposible nombrar en esta sección ni aun las más principales joyas de oro ó plata, como pendientes, medallones, sortijas, bandejas, pilas, etc., que ya por su tamaño, ya por su cantidad, pasan inadvertidas á pesar de minuciosas revisiones. La colección es rica en preciosidades arqueológicas y artísticas: pedrerías engarzadas, afligranados dibujos, esmaltes, miniaturas del Renacimiento y del siglo pasado y principios del presente abundan en aquellas vitrinas. Y como para convencernos de la superioridad de la joyería catalana, á la cual pertenecen algunos de aquellos objetos, se ha tenido la excelente idea de exponer igualmente los *Libros de pasantía* del gremio de plateros de Barcelona, donde figuran los dibujos ejecutados por los agremiados desde principios del siglo xvi hasta nuestros días. La colección perteneciente á este siglo hasta la decadencia del gusto, muy visible en los últimos volúmenes, es verdaderamente admirable, y algunos modelos, deliciosos por su novedad y por su primor.

Hemos apuntado, simplemente apuntado, conforme prometimos, lo más principal y saliente de la sección arqueológica, no de mucho, ni todo lo importante de ella, ni algunos grupos de objetos, como instrumentos músicos y cornucopias y otros, que se han completado últimamente. Pero ya que nos es imposible prolongar por más tiempo nuestra excursión dentro del palacio de Bellas Artes, creemos que bastarán estos apuntes para poner de relieve la excepcional importancia de la exposición retrospectiva, en la que el arte antiguo ha vencido por esta vez al arte moderno.

J. VYART.

UN CRIMEN DEL DÍA

A mi querido amigo el célebre pintor francés Mr. León Bonnat

I

¡Oh, primavera, juventud del año! ¡Oh, juventud, primavera de la vida! ¡Dichosos tiempos aquellos (no hace todavía dos siglos) en que respecto á la primavera escribía el célebre don Pedro Calderón de la Barca su poética y regocijada comedia *Mañanas de Abril y Mayo!* ¡Y más dichosos todavía para nosotros, respecto á la juventud (y



Exposición artística de Munich. — MATÍAS KLOTZ, FABRICANTE DE VIOLINES DE WITTENBOL, por Fernando de Miller

pronto hará de esto cuarenta años) en que buscábamos, varios amigos, el ambiente matutino entre las hermosas alamedas del Retiro!

¡Con qué placer sorprendíamos en las calles de lilas los botones primeros de las primeras flores! ¡Cómo nos complacía admirar las vueltas vertiginosas que en interminables círculos concéntricos daban los *ephemeres* en el pequeño y elevado estanque de la *Casa de fieras*; los giros caprichosos de los millares de peces de colores del *Estanque de las campanillas*, y el minucioso tocador con que limpiaban su plumaje los patos del *Baño de la Elefanta!*

Entonces toda la que es hoy parte izquierda del Retiro estaba *reservada* á los paseos de la familia Real; ni podía penetrarse en el embarcadero; ni visitarse las casitas rústicas; ni pasearse en vapor ó lancha por el Estanque grande, parodiando de puertos y bahías. Ni paseo de coches ni «Angel caído»; ni Exposición filipina; ni gruta de la Montaña rusa, ni restaurantes, ni velocipedistas. En cambio ¡qué abundancia de ruiseñores, qué grandes calles de gigantescos tilos que, formando anchísima bóveda, hacían



LAS PARCAS, cuadro de Pablo Thumann

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



SAN FRANCISCO DE ASÍS, cuadro de Ricardo de Villodas grabado por Sadurní



EN EL CAMPO, dibujo de Juan R. Wehle

qué viejo estás!... ¿Cómo vives?... ¿Te acuerdas?...»

Hoy es invierno lo que ayer fué primavera; hoy es casi vejez lo que ayer fué juventud; mañana será muerte y olvido lo que hoy es aún un resto de vida y movimiento.

¡Oh, primavera, juventud del año! ¡Oh, juventud, primavera de la vida!

II

Cinco amigos paseábamos una mañana de Mayo por aquellas alamedas. No eran todavía las cinco de la mañana, y la tenue brisa del amanecer, apenas perceptible, anunciaba uno de esos días de prematuro verano tan comunes en la Villa del Oso y del Madroño. Uno de nosotros que dirigía inconscientemente nuestras diarias excursiones, leía en voz alta estrofas del *Jocelin* de Lamartine, que dos de nosotros escuchábamos con absorto recogimiento: los otros dos amigos rezagados sostenían una acalorada polémica acerca del mérito literario de Alphonse Karr y Henri Murger, los dos estilistas franceses más en auge por aquel tiempo.

No se extraña que jóvenes españoles con ambiciones literarias, estudiaran y aprendieran sólo en textos extranjeros. Por aquella época la literatura española estaba reducida á las obras dramáticas que de tarde en tarde proporcionaban alguno que otro triunfo pasajero á Hartzbusch, García Gutiérrez y Rodríguez Rubí. La novela no existía; el Curioso Parlante había enmudecido; Fray Gerundio se preparaba á convertirse en historiador; Zorrilla, único representante de la poesía lírica, se embarcaba para América, y tres ó cuatro periódicos diarios y dos ó tres semanales formaban la prensa periódica, donde la crítica literaria tenía por únicos sacerdotes, que oficiaban sólo en las grandes solemnidades, á don Aureliano Fernández Guerra y á don Eugenio de Ochoa. Aun no escribía Valera; aun estaban en Sevilla Tamayo, en Granada Alarcón, Castro y Serrano y Manuel del Palacio, en Guadalcanal Ayala y Martos; Castelar, Pérez Galdós, Grilo, Núñez de Arce y tantos otros cursaban los años de la segunda enseñanza. ¿De qué habían de hablar los futuros literatos sino de los autores clásicos españoles y de los modernos poetas y novelistas extranjeros?

Sin saber cómo llegamos al estanque chinesco, y apoyados los cinco en la barandilla de hierro mirábamos distraídos reflejarse en las tranquilas y verdosas aguas los primeros rayos del sol naciente. El légamo cubría á trozos la superficie del agua, y algas anchas y espesas la daban un tinte sombrío, anuncio de emanaciones palúdicas. Por entre ellas veíanse atravesar millares de peces de colores, algunos de gran tamaño; y de un cañón de hierro oxidado caía un hilo de agua, único caudal con que debía llenarse siempre, sin verterse nunca, aquel mísero y desladrillado estanque. Uno de nosotros dió un grito y señaló un objeto que aparecía flotando entre dos madejas de fango verdoso. Todos retrocedimos un segundo para volver in-

mediatamente á apoyarnos con ansiedad en la barandilla. Aquel objeto era... la cabeza de un ahogado. Al estupor sucedió el movimiento. Mientras uno de nosotros corría á llamar al primer guardia que se presentara á su vista, otros daban rápidamente la vuelta al estanque para colocarse más cerca del espectáculo; algún otro, más delicado de nervios, se retiraba decididamente de la vista del mismo; y otro, que había de desempeñar más tarde en la vida el puesto de magistrado, buscaba con escrupulosa nimiedad rastro ó señal del asesinato ó del suicidio; alrededor de la plazoleta, de uno de los copudos árboles que la formaban se extendía una rama, y de ésta colgaba una cuerda, no muy gruesa, con un nudo corredizo á la punta. Al pié del árbol se veía arrugado un pañuelo de seda azul, y sobre él, colocada exprofeso para ser vista, una carta con sobre pero sin lema. El futuro magistrado cogió sin vacilar la carta, vió que no estaba pegado el sobre, y sacándola rápidamente, empezó á leerla. Nos agrupamos á su alrededor y leyéndola al mismo tiempo él en voz alta y nosotros por encima de su hombro, en silencio, pudimos darnos completa cuenta de la catástrofe. La carta decía así:

III

«Cuando abra la justicia la puerta de mi casa, encontrará el cadáver de mi esposa en el lecho conyugal. Tiene 23 años; es hermosa; y el puñal que verán clavado en su pecho, de donde ha brotado á mi vista un río de sangre, realza con su mango negro la blancura de aquel seno de nieve, albergue de su corazón infame. — Se casó conmigo por amor, á despecho de su familia y con gran pesadumbre de la mía. De conducta irreprochable, de educación esmerada, y de sentimientos nobles y generosos, llevó á nuestro nuevo hogar todas las risueñas esperanzas de una existencia feliz. ¿Presentan sus padres y mis hermanos el término terrible y rápido de nuestra dicha, al oponerse á nuestra unión? ¿Quién sabe? ¿Era su oposición fruto del estudio de nuestros respectivos caracteres? Tal vez. Consejos y pronósticos fueron desoídos por ambos; y los primeros meses de nuestra unión, copiaron con exceso las delicias de un paraíso eterno.

»A los veinte días de nuestra boda, conocimos á un hombre, célebre en los fastos artísticos, y que casi doblaba la edad á mi esposa. Sus relaciones amistosas no pasaron los límites de una cortesana indiferencia, convertida en superficial confianza, debida á la facilidad con que habíamos de vernos á todas horas en un balneario de los más concurridos de las provincias vascas.

»Ni en la conducta de mi esposa, ni en la verosimilitud de las aberraciones humanas, podía haber la posibilidad de una traición inexplicable. No pasó, pues, por mi imaginación, que ante mis ojos y en nuestra luna de miel, la curiosidad del placer ajeno, como llama Balzac al adulterio, empezara á tejer sus hilos misteriosos. — Las demostraciones exteriores de aquel hombre, me producían, sin embargo, un malestar inexplicable. Su sonrisa irónica, sus miradas profundas, sus frases incisivas, no parecían tener objeto determinado, pero una voz secreta me advertía, sin precisarlos, peligros y montañas en aquellos granos de arena.

»Ocho días después, se despidió aquel hombre de nosotros: mi corazón respiró con más libertad; mi mujer parecía no haberse apercebido siquiera de su ausencia.

»A nuestro regreso á Madrid, yo mismo encontré en la calle al individuo en cuestión y... yo mismo... como sucede siempre... le invité á subir á mi casa. Sus visitas fueron asiduas pero indiferentes. Mi mujer manifestaba casi disgusto al verle. Yo, á pesar de mi inexplicable repulsión, trataba de no darla á conocer, por no estar justificada á mis propios ojos. Temía, y con razón, aparecer ridículo con mis sospechas intuitivas, á los ojos de mi mujer. La ciencia del matrimonio es tan difícil, que necesita como todas las ciencias, fría razón y ánimo sereno. Una ligereza, un paso en falso es suficiente para comprometer los más seguros cálculos y las más exactas operaciones. Además, si un marido celoso es siempre mal juez para sentenciar pleitos matrimoniales, aunque tenga razón en sus celos, ¿con qué frialdad y juicio podrá serlo si sus celos son infundados?

»Pasaron días; mis ocupaciones diarias me obligaban á estar algunas horas fuera de mi casa, pero durante estas ausencias, jamás fué á ella el artista. Mi mujer, en cambio, solía salir sola á visitar á su familia.

»Hace ocho días recibí un *anónimo*. Arma infame y vedada, pero siempre segura. Su afilado hierro, hiere, desgarró y mata sobre seguro, á traición y con alevosía. Ni el corazón frío, ni la razón tranquila, ni la conciencia recta, pueden evitar sus estragos. Cuanto más se la anatematiza, se la desprecia y se la aborrece, más se alza orgullosa entre la sombra, para deshonorar, para herir, para cebarse en sus víctimas.

»El *anónimo* me señalaba no sólo como marido desdichado, sino como un esposo complaciente. Se me daba á entender que yo *lo sabía todo* y pasaba por ello. Con el fin de salvar mi honra y mi decoro, si algo de él me restaba, se me señalaban la casa, la hora y los días en que mi esposa iba á ver á su amante. Concluía la carta con la conocida redondilla de *El hombre de Mundo*:

«¡Qué ridículo papel el pobre marido hacia!
¡Todo Madrid lo sabía,
todo Madrid... menos él!»

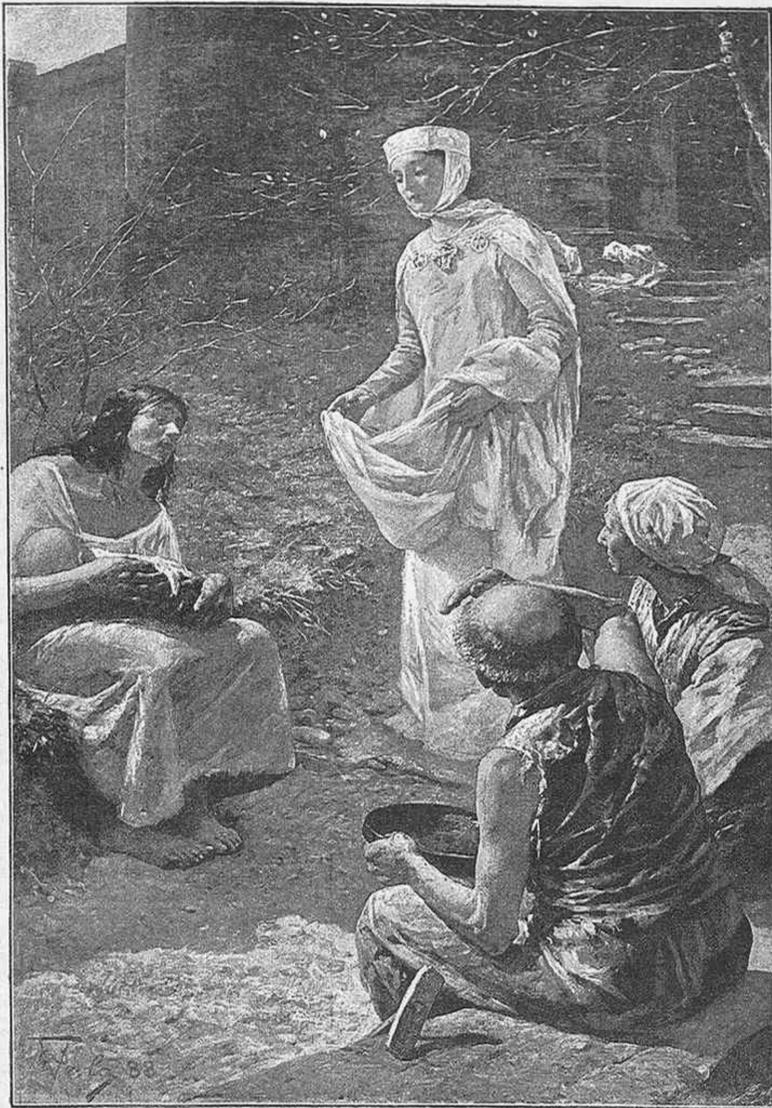
»Disimular, fingir y aparecer sereno, con un dardo en el corazón, con una puñalada en la honra, con la muerte en

con sus millones de hojas impenetrable el más tenue rayo del, por aquel tiempo, achicharrador astro del día! Una plazoleta sobre todo era la preferida en nuestras matinales excursiones. Formábanla varios bancos de piedra anchos, y no muy bien conservados, que rodeaban un vetusto edificio irregular y medio desmoronado, llamado la *Antigua Casa de Fieras*, y en donde vivían ancha y cómodamente albergadas familias de jornaleros del *Real sitio*. Allí llevábamos con nuestros diez y siete años un caudal de esperanzas risueñas que uníamos en alegre consorcio á las mil flores que brotaban de cada planta. El Retiro nos ofrecía su hermosa primavera, juventud del año, y nosotros le dábamos en cambio nuestra juventud, primavera de la vida.

¡Cuántos no existen ya de aquellos jóvenes llenos de fe y de entusiasmo! Unos, como Agustín Bonnat, Luis Martínez, Miguel Aragón y Rafael Máiquez, murieron en la aurora de su reputación y de su talento; otros, como Fernando Ossorio, Luis Egulaz, Francisco Zea, Rafael Gálvez Amandi y Gregorio Cruzada Villamil, sucumbieron en la lucha de la vida, dejando en pos de sí hijos, hogar, celebridad y aplausos; otros, muy pocos, arrastramos aún la pesada cadena de la existencia en distintas posiciones y fortunas, separados unos de otros por el oleaje humano, como Pedro Antonio de Alarcón, Carlos Navarro y Rodrigo, Manuel del Palacio, José de Castro y Serrano, y Antonio Trueta.

¿Te acuerdas, querido León, de aquella célebre librería de la Puerta del Sol, donde tú empezabas á garrapatear con lápiz nuestros lampiños perfiles mientras tu excelente padre, presa ya de la enfermedad que le llevó al sepulcro, ojeaba, en perpetua fiebre, revistas y periódicos de todos los países? ¿Te acuerdas del elegante y atildado Mérida, padre de Enrique, hoy tu cuñado, y de Arturo, el ya reputado autor del Monumento á Colón? ¿Te has olvidado acaso de Ricardo Rivera, el eterno bohemio, pintor sin cuadros, autor sin libros, poeta sin poemas, con sobra de talento para todo y sin perseverancia para nada? En tu magnífico estudio de la moderna Atenas, al dar las últimas pinceladas á tu célebre retrato de Víctor Hugo, ¿no has recordado tu primer pincel comprado en la calle de Jardines, una mañana de Abril, para pintar el número de un estante de libros?

Ministros, consejeros, generales, embajadores, autores y artistas célebres, pobres jubilados, empleados humildes y autores olvidados, los que aun vivimos de aquellos amigos inseparables, apenas si nos estrechamos la mano de cuando en cuando y exclamamos al vernos: «¡pero,



Exposición artística de Munich. - SANTA ISABEL, cuadro de Guillermo Volz

el alma, y eso durante tres ó cuatro interminables días, es el mayor suplicio que puede haber inventado el mayor tirano. ¡Y las noches de esos días compartir con la mujer culpable... las conversaciones íntimas... los recuerdos de ayer... los planes para el siguiente día... en la misma mesa... en el mismo lecho!... No se concibe cómo no estalla el pecho en sollozos, la boca en gemidos, la mano en amenazas!!! ¡Qué cuatro días!

»Llegó por fin el día de la cita. Yo espiaba desde el fondo de un portal obscuro la casa señalada en el anónimo. Él llegó primero. Un cuarto de hora después, por el extremo de la calle apareció ella... y seguía andando... y llegaba al portal, y penetraba en él con pié firme y semblante sereno; y yo no la dije «¡detente!» ni quise ver su turbación ni oír sus embusteras disculpas. Cinco minutos después lo sabía todo. Los porteros no resistieron á mis dádivas, y confesaron que hacía tres meses aquel hombre había alquilado aquel cuarto, y en él se veían durante tres ó cuatro horas los dos amantes dos veces á la semana en diferentes días. Subí al descansillo superior; desde él presencié su rápida despedida.

» - ¡Adiós, cielo mío, hasta el jueves!

» - Tuya siempre.

»Tuve que sujetarme á la barandilla de la escalera para no caer muerto allí mismo de dolor, de ira, de vergüenza. Cuando después de pasearme como un loco por las calles, entré en mi casa, mi mujer me esperaba, tan serena como siempre, más tranquila que nunca. ¡Cómo puede el crimen afrontar con calma tales situaciones! ¡Qué abismo tan hondo y horrible el del corazón femenino!

»Ella misma me brindó anoche sus traidoras caricias. Yo, ebrio de furor, la cogí el brazo derecho y, parodiando las palabras de su amante,

» - ¡Adiós, cielo mío, - la dije, - hasta nunca! - y asesiándola con mi puñal un certero golpe en el pecho izquierdo la dejé sin vida. Un quejido tenue y un río de sangre, concluyeron mi suplicio.

»Salí de mi casa, y pasé hasta el amanecer. Entré en un café y escribo esta carta, dirigiéndome al Retiro. Allí pienso acabar mi vida ó colgándome de un árbol ó ahogándome en cualquiera de sus estanques...

»¡Dios tenga más piedad de mi alma de la que han tenido los hombres!»

IV

Cuando concluimos la lectura de la carta, apareció nuestro amigo con dos guardias del Patrimonio. - Procedióse á sacar del estanque al ahogado, que estaba en él desde el día anterior... En su mano izquierda estrujaba todavía un papel: ¡era el anónimo!

LUIS MARIANO DE LARRA

EL MOLÍN DE XUAN FORCADA

Tengo que comenzar advirtiéndoles que Pendones es un lugar, que aunque no suele hallarse en ningún mapa ni en ningún diccionario (¡pagan ustedes Institutos Geográficos para esto!), se halla en Asturias, en el partido judicial de la Pola de Laviana y ayuntamiento de Caso, confinando con los pueblos de León que forman el ayuntamiento de Lillo, como Isoba, Cofiñal, etc.

De este último pueblo, no de etcétera, sino de Cofiñal, era nativo Pedro Rascón, vecindado en Pendones, por haberse casado con una mayorazga de allí que se enamoró de su buena figura y natural despejo con ocasión de hallarse Pedro de maestro de escuela en Tarna.

Era este Pedro un hombre muy listo, como lo suelen ser casi todos los de aquel valle, que los de Valdeburón llaman Trascollada; pero siendo realmente muy listo, pasaba todavía por mucho más entre aquellos asturianos de los cabeceros, que suelen ser todo lo contrario.

No sé si por su continuo trato con los rocines, pues se dedican ordinariamente á la arriería, ó por alguna otra causa, lo cierto es que entre los rocines y los dueños no suele marcarse demasiado la diferencia.

Conocíanle á Pedro Rascón sus convecinos con el sobrenombre de *el Castellanu*, y aunque le consultaban á cada triquite, y seguían su opinión en los casos de apuro, no dejaban por eso de tenerle envidia y hasta un poco de mala voluntad, porque era muy amigo de poner tachas á todas las cosas.

No se concluía obra en el pueblo ni chica ni grande, sin que se buscara en seguida con avidez, y al mismo tiempo con temor, la aprobación del *Castellanu*. Desde un par de madreñas hasta un par de ruedas, todo habían de someterlo á la censura de Pedro Rascón, la cual, en honor de la verdad, nunca solía ser favorable del todo.

Esto les desesperaba á los asturianos casi tanto como las bromas y los chistes que el antiguo maestro de Tarna decía contra ellos á cada paso; y unas veces en latín, repitiéndoles y, por supuesto, traduciéndoles en seguida, aquel aforismo que dice: *Astures, fures, loquaces et mendaces*; otras veces en su lengua propia con aquello otro de: «Asturiano, loco, vano, poco fiel y mal cristiano,» y otras veces con otras mil cosas que se le ocurrían, á cual más dura y mortificante.

Por todo lo cual tenían muchas ganas de cogerle en una; es decir, de que llegara una ocasión en que el *Castellanu* llamado á emitir su opinión sobre una obra de cualquier vecino, no encontrara pero ni tacha que ponerla, ni tuviera más remedio que confesar que era perfecta y excelente.

En cuanto alguno hacía una cosa muy bien *iguada*, como ellos dicen, por contracción de *igualada*, pero con la significación de bien aliñada, bien pulimentada, bien compuesta, ya estaban los más entusiastas admiradores

de la obra disponiéndose á llamar al *Castellanu* para que fuera á reconocer la perfección de la obra, seguros de que allí no había de poder encontrar ninguna falta.

Pero el *Castellanu* seguía encontrándolas en todo, porque todo solía tenerlas, y bien grandes por cierto.

Y además seguía mortificándoles, contando, verbi gracia, que una vez al mayorazgo de Sobrescobio le había dicho uno de sus hijos, al echar por la mañana las ovejas.

- ¡Ah, padre! La *obeya* rucia está *morta* en la corte: ¡échala á la vecera ó *déxiula* en casa!

A lo que el padre había contestado haciendo aspavientos sobre la necedad de la propuesta:

- ¡Xesús, Xesús! Pero ¡qué *fytus* más *borricus* tengo! ¿Cómo la has de echar á la vecera, rocín? Échala un *colónu* de fueya (1) y *déxiata* en casa.

De donde se deducía que el padre era tan burro como el hijo.

También contaba que habiendo ido una vez un mozo de Felechosa á misa á Caliao le había dicho un conocido suyo á la puerta de la iglesia:

- ¡Ah, hom! (2) ¡Morrirte tú ó morrió el to hermanu?

A lo que había contestado inmediatamente el de Felechosa:

- *Non; morir morrió el mio hermanu, pero estubi yo más malu* que *elli* (3).

Con estas cosas se proponía Rascón demostrar á los asturianos que eran muy tontos; pero tampoco dejaba libres á las asturianas, de las que decía que una vez en Cabañaquinta se habían reunido casi todas las del pueblo á asistir á la mujer del herrero que estaba de parto, y habiendo ido una de ellas al hórreo por un poco de manteca para hacer á la enferma un caldo, se quedó mirando un hacha nueva que había allá colgada de un clavo, y no volvía. Fué otra á buscarla viendo que tardaba y la dijo:

- ¿Qué *faces* ahí, Petra?

- Estaba *mirandu* que hay aquí una *cisoria* (4) colgada, y si mañana ú otro día *vien per* aquí Mariquina con lo que paría, puede caer y *facerla* mal. ¿Verdad que *ye* (5) de pensar?

- Sí, sí; de pensar *ye*.

- Llamar á Xuanina la de Farrucu á ver qué diz.

Y después de llamar á Xuanina y de hacerla la misma relación y decirle qué era de pensar, contestó lo mismo:

- Sí, de pensar *ye*.

Y aconsejó que llamaran á Pepa, la cual tampoco dió más luz ni resolvió el caso; y así fueron llamándose unas á otras y se fué llenando el hórreo de mujeres, todas pensando en la *cisoria* y sin dar el caldo á la mujer del herrero; hasta que acertó á pasar por allí el tío Santos, de Isoba, quien, enterado de lo que ocurría, subió al hórreo, descolgó la *cisoria* del clavo y la puso en el suelo...

Así las cosas, un vecino de Pendones llamado Juan Forcada, no mal cantero, gran madreño, buen maderista en todas las variedades del ramo, muy artimañero y curioso, y que, según él mismo decía, lo *iguaba* todo y entendía de todo menos de *ferrar mosques* (6), tuvo la ocurrencia de ponerse á hacer un molino.

Había estado un año sirviendo cuando era mozo allá en casa del alcalde de Lillo, y como el dicho alcalde tenía un molino harinero muy pequeño y era Juan el encargado de asistirle, conservaba perfectamente en la memoria el número de piezas, el nombre y la forma de cada una de ellas, con todos los demás detalles necesarios, de modo que, teniendo la habilidad que él tenía para reproducir en madera ó en piedra todo cuanto viera hecho por otro, la empresa había de ser para él lo más fácil del mundo.

- (1) Hoja.
- (2) Hombre.
- (3) El ó ella.
- (4) El hacha: viene del *cadere* latino, cortar.
- (5) Es.
- (6) Herrar moscas.



Exposición artística de Munich. - CAMINO PELIGROSO, cuadro de Guillermo Ráuber

En un teso, hacia la parte más alta y más seca del lugar, cerca del hórreo suyo, hizo dos paredes paralelas de braza y media de longitud, otro tanto de distancia entre las dos y una braza de altura, todo conforme estaba en Lillo y con las mismas dimensiones que en el molino del alcalde. Sobre estas dos paredes puso unas vigas y asentó un piso, y sobre este piso construyó un cuadrado de pared, de poco más de otra braza de altura, con su puerta lateral y su ventana. Colocó sobre este cuadrado un tejadillo armado á pendolón, hizo varios tajos en un madero, en forma de peldaños, le puso arriado á la pared junto á la puerta, con una inclinación de cuarenta y cinco grados, para que sirviese de escalera, y tuvo el armazón del molino completo.

En cuanto á la parte interior, no perdonó detalle para que el molino fuera lo más acabado en su género. Tendió en el suelo una vigueta, presa por una punta y libre por la otra, la hizo en medio el quicio para el rodezno, la enlazó por el extremo libre con la aliviadera, que es otra vigueta vertical cuyo extremo superior va á parar al lado de las muelas y termina en una zapata bajo la cual se mete una cuña, que según se aprieta ó se floja, hace subir ó bajar el rodezno y con él la piedra cimera, para que el molino ande más ó menos suelto y deje el grano más ó menos molido; arrancó las piedras de una cantera y las labró con mucho trabajo, porque eran muy duras, hasta dejarlas en la forma cilíndrica que tienen las piedras de molino; las horadó por el centro, puso en el agujero de la inferior la boja, hizo el rodezno labrando y ajustando con esmero las abéndulas, le puso los hierros, hizo la tramoya, el grandial, en una palabra concluyó perfectamente el molino sin omitir ni siquiera la taravilla.

—¡Pes (1) qué idea de hombrí!—decía uno de sus convecinos admirado de tanta habilidad.

—Así es,—añadía otro.—¡Paez mentira que un hombre solu haya podido hacer tantas cosas!

—¡Bendito sea Dios!—añadía un tercero.—¡Lo que puedi el talentu y la desposición de les criatures!

—Llamar al Castellanu, —dijo por fin el más entusiasmado de todos, —á ver si alcuentra daque (2) falta ó daque defeutu qué poner á esta obra.

—Sí, sí, llamalu,—dijeron tres ó cuatro á un tiempo.

—Non tu llaméis,—dijo Juan Forcada, que estaba muy alegre y muy esponjado con las felicitaciones de sus convecinos;—non tu llaméis; que también será capaz de poneli tachas, porque esi se las pon á todú.

—No seyas (3) bobu, Xuan. ¿Qué tacha va á poneli á estu, si non las tien. Llamalu, llamalu.

Y opinando todos los demás de la misma manera, esto es, que por aquella vez no había peligro ninguno en llamar al Castellanu, porque no era posible que hallara defectos en el molino, salió comisionado al auto Manolín el de Natalia, el cual, llegado que fué á casa de Pedro Rascón, le dijo con sorna.

—¡Ah, hom! ¿Quiés venir á ver el molín de Xuan Forcada, que ya está fechu?

—¿Y dónde le ha hecho?—preguntó Rascón.

—Allí en el tesu, por cima de so casa,—le contestó Manolín, añadiendo:—Daquien quería que te avisáramus, daquien non, por miedu de que fallaras algún defeutu;



Exposición artística de Munich. — PANDORA, cuadro de Jorge Hossliin

pero paezme que de esta vez non fallas ningún, porque ye una obra guapa del todú.

—Vamos allá, vamos allá,—dijo Pedro; y cinco minutos después llegaban ambos al molino.

Bajo la mirada escrutadora y un tanto burlona de los pobres astures, que querían leer á cada paso en el semblante de Rascón la vergüenza y el bochorno que le iba á costar reconocer la perfección del artefacto sin poder ponerle ninguna tacha, comenzó el de Cofiañal á examinar el molino, haciendo esfuerzos por contener la risa que le retozaba en el cuerpo.

—Mira esto, mira aquello, mira lo de más allá,—le decían los circunstantes, todos á un tiempo, señalándole los perfiles que á ellos les parecían mejor, y pretendiendo abrumarle á fuerza de contar primores.

Cuando concluyó el reconocimiento, llovió sobre él una nube de preguntas.

—¿Qué ti paez, hom? ¿Qué tal? ¿Gústate? ¿Fariáslu tú ansina? ¿Qué dices?...—Y todos esperaban con aire de triunfo la respuesta, que necesariamente había de ser una confesión franca de que el molino era una maravilla ó, por lo menos, una obra perfecta en su clase.

—No está mal del todo, no está mal,—dijo Pedro Rascón, después de escuchar todas las preguntas;—pero...

Y aquí los asturianos, ya extrañados de que el molino no le mereciera más alabanza que la de no estar del todo

mal, se quedaron con la boca abierta. ¿Era posible que á un molino tan bien ignado se atreviera el Castellanu á ponerle tachas? Y sin embargo, aquel pero no indicaba otra cosa.

—¡Peru qué?—le interrumpió al cabo el asturiano más atrevido.—¡Peru qué?

—Que un pequeño defecto sí tiene,—repuso Pedro.

—Entos (1), ¿cuál ye, hom?

—Que no tiene agua ni por dónde le venga.

—¡Calla!... ¡ye verdá!...—dijeron los dos ó tres vecinos más sinceros, mientras los otros bajaban la cabeza, corridos y á la vez enfadados de que un castellano solo hubiera conocido tan pronto un defecto que ellos, entre todos, no habían visto.

Desde entonces no volvieron á convidar al castellano á admirar sus obras.

Y desde entonces quedó en proverbio, para ridiculizar las cosas que teniendo buena apariencia carecen de lo principal, «el molín de Xuan Forcada, que no le faltaba más que el agua.»

ANTONIO DE VALBUENA.

NOTICIAS VARIAS

EL TINTE DE LOS CABELLOS. — M. Le Blant ha leído recientemente en la Academia de Inscripciones y Bellas letras de París un curioso estudio sobre la cabellera de las mujeres, y en especial ha recordado que en todo tiempo, lo mismo en la antigüedad que en los comienzos de la era cristiana y en nuestros días, se le ha dedicado un cuidado particular. Sábese el gran papel que desempeñaba el tinte en los cabellos; un códice conservado en la biblioteca Marciana y titulado el *Ricetario*, de la condesa Nani, da á conocer los perfumes y drogas de que se valían las mujeres para variar el color de su cabellera. Los obispos de los primeros siglos clamaron contra estas prácticas, propias para llevar al infierno á las que de ellas hacían uso: «es arrostrar la cólera del Señor, que ha dicho: «¿Quién de vosotros podrá ennegrecer un cabello blanco y blanquear uno negro?» San Jerónimo clama á su vez contra las que se agujerean las orejas, se embadurnan la cara de cerusa y de púrpura y se tiñen los cabellos «de ese color que presagia las llamas del infierno.» Los rabinos decían por su parte que el diablo bailaba en los cabellos de las mujeres que se los teñían. M. Le Blant cita casos de exorcismos motivados por haberse refugiado el espíritu del mal en una cabellera dorada.

* *

HILANDERÍAS DE ALGODÓN.—Puede calcularse al tenor de las siguientes cifras el número de brocas de filatura de algodón en todo el mundo industrial:

| | Años | Brocas |
|---------------------|------|------------|
| Inglaterra... | 1885 | 43.349,000 |
| Estados Unidos... | 1885 | 13.250,000 |
| Alemania... | 1883 | 4.900,000 |
| Rusia... | 1883 | 4.000,000 |
| Francia... | 1882 | 3.927,000 |
| Indias inglesas... | 1885 | 3.048,000 |
| Austria-Hungría... | 1885 | 2.077,000 |
| Suiza... | 1884 | 1.880,000 |
| España... | 1883 | 1.855,000 |
| Italia... | 1883 | 1.200,000 |
| Bélgica... | 1883 | 650,000 |
| Suecia y Noruega... | 1883 | 310,000 |
| Holanda... | 1883 | 250,000 |
| Total... | | 80.696,000 |

(1) Entonces.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

(1) Contracción de pues.

(2) Alguna, alguno.

(3) Seas.